



# Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO  
DIRECTOR: C. COLOMER - MARQUÉS

AÑO I

GRANOLLERS, 13 OCTUBRE DE 1940

NÚM. 7

## EDITORIAL

Ayer se cumplían dos aniversarios: el mil novecientos de la aparición de Nuestra Señora sobre una

columna de mármol al apóstol Santiago *el Mayor*, en las márgenes del Ebro, y el trescientos cuarenta y ocho de que tres naves de España, conducidas por Cristóbal Colón, tocaban tierra en un nuevo y desconocido continente.

Dos grandes hechos de una misma historia que se reúnen, como coincidencia providencial, en un mismo día, día que se ha llamado de la Raza, o como propugnaba Ramiro de Maeztu, día de la Hispanidad.

Acertada es la palabra Raza — raza sin racismo —, acertada es la palabra Hispanidad — raza espiritual —, a este día en que se conmemoran tales efemérides de la Historia de España, pues ellas marcan con sus caracteres el auténtico ser de nuestra Raza, el auténtico ser de la Hispanidad.

Si la aparición de la Virgen del Pilar representa para España los inicios de su genio de catolicidad, el descubrimiento de América es el máximo acontecimiento histórico que haya tenido lugar después del nacimiento y muerte de Nuestro Señor Jesucristo—de tal modo se expresaba Gomara a Carlos V.—

¿Porqué a España le cupo la gloria de descubrir y civilizar a América? Sencillamente, por su catolicismo. España fué impelida y empujada a la acción por aquel catolicismo misional que tuvo sus principios en la aparición de la Virgen al apóstol Santiago, y que a lo largo de los siglos, ha sido patrimonio exclusivo de la raza española; catolicismo que da color y sentido a nuestra Guerra de Liberación, cuyas páginas de heroísmo máximo fueron escritas por aquellos Guardias Civiles que, desde uno de los más altos picachos de Sierra Morena, bajo la protección de la Virgen de la Cabeza, resistieron durante quince meses el más riguroso asedio, luchando contra el poder de las leyes biológicas y contra la horda marxista, y cuya efemérides también se celebra estos días.

Por nuestra catolicidad escribimos la historia más brillante que pueblo alguno haya escrito. Como si nuestra vitalidad se sintiera todavía cohibida en los gloriosos hechos de armas que estábamos realizando en el mapa europeo y aún en el nuestro propio, al terminar brillantemente la cruzada de siete siglos que fué la Reconquista, marchamos, con alas propias de la imaginación andaluza, a descubrir nuevos territorios que incorporar a la verdad católica, y una vez descubiertos, allí fué el volcar de las energías españolas, allí fué lo más heroico y lo más grande que se haya podido hacer por seres humanos: no se conquistó, no se colonizó, se civilizó, y fundamos veinte naciones firmes y vitalísimas, que son hoy día la demostración más palpable de nuestra capacidad imperial.

¡Civilizar! Cosa que únicamente han sabido hacer los

hijos de esta bendita tierra de Hispania—Castilla, Aragón y Portugal—que a Dios plugo que nacióamos.

En la nueva España el Día de la Raza no es una efemérides celebrada con discursos vacíos lanzados sobre una masa informe de españoles abúlicos y prosaicos, sino que es manifestación de la voluntad imperial de una nación que, conducida por un invicto Caudillo, resurge y vuelve a mirar al mundo consciente de su fuerza y de su historia.

La Fiesta de la Raza no es solamente un ensimismamiento hacia nuestro glorioso pasado, sino que es manifestación de la voluntad histórica del pueblo español que, lleno de dinamismo, ansía ser lanzado hacia el futuro.

Por eso el desfile de la guarnición, en representación de todo el Ejército Español, de la Guardia Civil y de los camaradas de F. E. T. y de las J. O. N. S. y de la O. J., que en nuestra ciudad se realizó ayer, no respondía a un afán exhibicionista, sino a meditados inquietudes espirituales, era la exteriorización de la voluntad internacional española que Granollers siente al unísono de las demás tierras hispánicas, era la reafirmación en los tres ideales nacionales que propugnaba el esclarecido Vázquez de Mella: Gibraltar español, federación con Portugal, confederación con todos los países hispano-americanos.

Ideales que por encima de todo se han de cumplir, por así exigirlo la sangre de nuestros héroes de todos los tiempos y la historia misma de España.

He aquí porqué llevamos bordados en nuestra camisa azul—uniforme de la nueva Santa Hermandad— el yugo y las flechas de los Reyes Católicos, ya que nuestra voluntad y nuestra situación histórica actual, tienen una afinidad y una identidad emocionante con la de aquellos dos grandes monarcas.

Si ellos realizaron la revolución interior contra los privilegios medioevales de la nobleza, terminaron la Reconquista, unificaron dos Coronas españolas — Castilla y Aragón—y descubrieron y conquistaron un nuevo mundo para la catolicidad, a nosotros nos toca, si es que hemos de cumplir nuestra finalidad histórica, realizar la revolución nacional-sindicalista contra las injusticias de la época liberal-capitalista, apartar del suelo español la planta repugnante del sajón, realizar una unión peninsular y redescubrir a nuestra Raza, a la Hispanidad, en el sentido de darle una unidad moral y una cabeza rectora.

Estas metas irrenunciables de nuestro gran futuro, de nuestro gran Destino, eran las que ayer señalaban con paso militar, por las calles de Granollers, las fuerzas todas que tomaron parte en el desfile; desfile del ejército y desfile de la población, F. E. T. y de las J. O. N. S., ya que un pensamiento cuando es nacional y responde al auténtico ser de un pueblo, no conoce diferencias entre lo militar y lo civil, pues ambos se unen, se confunden, en el crisol de la Patria y de la Historia.